

León Pallais, S. J.

LA UNIVERSIDAD Y LA SOCIEDAD NICARAGUENSE

En el último decenio el mundo se ha visto conmovido por sucesos de orden público en los que el estudiantado universitario ha tomado una participación activa y a veces original. En nuestros países Latinoamericanos, dadas sus peculiares características sociopolíticas y la psicología de sus gentes, estos sucesos, cuando se realizan causan un impacto más explosivo.

No ha faltado quien al intentar buscar las raíces del malestar juvenil que nos está tocando palpar, haya vertido el grosor de la culpabilidad sobre las instituciones docentes, especialmente sobre la Universidad. Se habla y se dogmatiza sobre su incapacidad de modulación ciudadana y se discute acerca de un universitario que ha perdido su funcionalidad de elemento moderador y que egresa de las aulas, desilusionado, sin la formación integral que esperaba recibir.

Todos los sectores ideológicos escudriñan la Universidad y emiten juicios de valor. Los tradicionalistas pretenden que sea la Universidad la que detenga la caída de las estructuras sociales y modere los cambios bruscos. El revolucionario la acusa de inercia y de ser el opio de la juventud. El nuevo "cristiano auténtico" ve en la Universidad muchas rémoras integristas, y el integrista le planta la Inquisición.

Por otra parte, es un hecho que la Universidad necesita reformas; pero, estas reformas objetivas que hay que hacerle no son precisamente las que en general, superficialmente, se le reclaman. No son, tampoco, las reformas a la Universidad, las que terminarán con los problemas sociales, políticos, religiosos o de inmadurez juvenil. No es la Universidad la panacea que calmará los gustos Veterotestamentarios de muchos, haciendo llo-

ver del Cielo un maná que sacie a todos. La Universidad es sólo una frase dentro del contexto del "hoy": se anquillosa con el resto de las estructuras sociales y se regenera cuando éstas también lo hacen.

La Universidad es una trama complicada en la que no conviene relegar al olvido ninguno de sus elementos. Por eso, quizás, interese recordar ahora algunos datos que podrían ayudar a enjuiciarla con justicia.

LA UNIVERSIDAD Y LAS IDEOLOGÍAS.

La Universidad en su concepción primigenia nace como una Corporación de Estatutos propios, fines perfectamente delimitados y capacidad administrativa autónoma. Surge, además, según dos grandes vertientes que luego se intravasan en un mismo cauce: La Universidad de alumnos y la Universidad de maestros. Cuando a finales del S. XII, los estudiantes de Bolonia se aglutinan y forman una "Universitas vestra", sólo buscan la constitución de un cuerpo gremial que se acomode a la configuración socio-económica de su tiempo y les permita el reconocimiento de

su derecho a "ser enseñados". En París la iniciativa corresponde a los maestros que, bajo el amparo del Canciller de Notre Dame, se asocian en corporación, buscando sustraerse de la jurisdicción general de la ciudad, protegiendo, así, su derecho a enseñar.

La Universidad se especifica, pues, como institución que será la salvaguarda de esos derechos: el de enseñar y el de ser enseñados. Pero no se trata de enseñar o ser enseñados en el sentido genérico de la palabra, sino en un sentido muy concreto: enseñar o ser enseñado, como se quiera. Por ello es que a lo largo de todos los tiempos las Universidades han conservado rasgos ideológicos que definen la personalidad de cada una. En consecuencia, cuando en una Universidad se enseña según una faceta ideológica, se está ejercitando el Derecho que tienen los educandos de aprender las doctrinas que desean, y el derecho que tienen los maestros de impartir la Ciencia tal como ellos la entienden. La creación de Universidades asépticas y destendidas de toda ideología, no constituiría un avance en la línea de la libertad, sino un retroceso en la protección del derecho.

Son los Estatutos de la Universidad los que se encargan de definir los fines y las estructuras de su propósito científico. Los Estatutos no son, pues, cadena, sino vértebra vital.

Podría objetarse que la actual necesidad de una enseñanza democratizada obliga a muchas personas a inscribirse en centros docentes universitarios que imparten ideologías con las que no comulgan. Pero, entonces, la culpa ya no es de la Universidad como institución, sino de la sociedad que no sabe proteger las distintas vertientes de pensamiento. No se protege la fecundidad ideológica matando las fuentes de ideología que ya existen, sino haciendo surgir fuentes nuevas. Solamente el pensamiento eunuco que carece del vigor generativo necesario para imponerse como idea, puede desear el eclipse de los focos ideológicos que han sabido nacer y protegerse con su fecundidad.

LA UNIVERSIDAD Y EL DIÁLOGO

Sin embargo, una configuración ideológica no tiene por qué dar carta de ciudadanía al dogmatismo. Las convicciones ideológicas propias y sostenidas sin

monopolio, son una de las fuentes imprescindibles del diálogo. El otro manantial viene dado por la apertura mental a reconocer la razón en el contrario. Sólo así se abre la vía ancha de un diálogo convergente en el que la síntesis no es sincretismo, sino dinamismo dialéctico.

Hoy se habla mucho de diálogo, pero desgraciadamente, los que más palabras gastan, son los que lo acaban de descubrir y, por tanto, los que hasta ahora no lo habían ejercido. Estos tienden a confundir la apertura con la desnudez ideológica, la comprensión con el entreguismo y la vía áspera de la verdad y la ciencia, con el camino estrecho del entendimiento fácil.

La Ciencia ha sido hecha con transigencia, pero también ha sido necesaria la defensa de las convicciones. Por eso la Universidad que tiene una ideología, no solamente no es obstáculo para el diálogo, sino que proporciona la base necesaria para que éste pueda darse con autenticidad.



LA UNIVERSIDAD Y LA POLITICA.

La ideología universitaria tiene sus raíces en el campo científico. Hoy por hoy, en la bibliografía especializada, cuando se habla de politización de la Universidad se utiliza esa palabra con sentido peyorativo. Naturalmente esto proviene del sentido restrictivo que se suele dar a lo político: lucha de partidos y acción para conseguir el poder.

La Universidad a lo largo de su existencia ha tenido que ir resolviendo circunstancialmente el dilema de cómo formar hombres que participen activamente en la vida política del país, manteniéndose ella, al mismo tiempo, marginada respecto a la influencia política propiamente dicha.

Muchas veces no ha podido conseguirlo, especialmente desde que aparecen los "ismos" dentro de la configuración del internacionalismo político. Sin embargo ese es el ideal que hay que lograr. Pero, cómo es posible llegar a ese dualismo casi antagónico de dar formación política sin polarizarse hacia un sistema?. En un sentido genérico basal, esta pregunta se responde con la

admisión de los valores universales que tiene la Ciencia. Pero para éste interrogante no bastan respuestas genéricas. Hay que referirse a situaciones concretas que, en nuestro caso, se refieren a la Universidad en Nicaragua.

La Universidad en nuestro país tiene que contribuir a la formación de hombres capaces de participar en la vida política de una manera positiva. Es una tarea difícil que totaliza muchos aspectos en los que habrá que realizar una verdadera forja. Estos aspectos en los que la Universidad tiene que insistir vienen marcados por los defectos que más nitidamente se dibujan en el primitivo pero complicado mosaico político de nuestra nación:

Nicaragua, como tantos otros países de nuestro hemisferio, ha pasado muchos decenios anquilosada dentro de una estructura de partidos que fueron o intentaron ser ideológicos, pero no pasaron de ser partidos de fuerza. Por otra parte, la situación social del país está clamando soluciones vigorosas que no pueden darlas los movimientos políticos sin una ideología operativa. Mien-

tras nuestros partidos estén vacíos de ideas, podrán tener millones de militantes, pero no podrán contar con ellos a la hora de orientar la vida del país hacia verdaderas soluciones. Dentro de este contexto la Universidad puede y debe ser un faro que desde sus cátedras geste una nueva generación de políticos con meta y capaces de ser útiles al país dentro de las líneas de su ideología. La Universidad tiene una gran labor que hacer en esta toma de posturas ideológicas que urge tanto realizar en Nicaragua como uno de los medios incontrovertibles para evitar un confucionismo de ideas, el subsiguiente abstencionismo político y, en el peor de los casos -no remoto- el caos destructivo.

Otro defecto que carcome la entraña política del país -y, por tanto, imposibilita su progreso- es la falta de diálogo político. Tiene raíces múltiples: históricas, biológicas, psíquicas, económicas, climatológicas, y tiene que ver hasta con el color de la piel. Pero es un corrosivo que resta vigor a unos

y otros. En nuestro país pareciera a veces que sólo existiera el blanco nítido de "mi postura" y el negro inasimilable de la postura del contrario. Se olvida que la vida política es de fórmulas de tanteo. Se convierte el punto de vista en dogma y la postura contraria es detectada siempre con odio personal. En el fondo esas posturas extremas son un reflejo de la falta de humildad científica. También ahí la Universidad puede tener un gran papel moderador! Sólo en las aulas Universitarias podremos aprender lo que es accidental y lo que es esencial; en definitiva, lo que hay que defender con energía y lo que puede ser objeto de sana transigencia. Pero en uno y otro caso, el diálogo sereno de las aulas nos enseñará que la defensa de un ideal o de un criterio es siempre positiva y nunca debe terminar con un ataque a las personas. En el intercambio científico sereno está la clave para poder ver que en las posturas antagónicas siempre hay puntos de coincidencia que son lo importante que, en los elementos de disensión,

siempre hay algunos en los que el contrario lleva razón.

La improvisación y la respuesta primaria es otro elemento dominante de nuestras actitudes políticas. Está dentro de la línea de conceder mayor importancia al sentimiento que a la razón. Es muy significativo el hecho de que los discursos que más éxito obtienen en nuestros medios políticos son aquellos que más florituras literarias utilizan y los que más se acercan al corazón. De aquí al sofisma demagógico, no hay más que un paso. Por causa de esto, las posturas de afirmación o de protesta suelen terminar en algaradas ineficaces que no miden las consecuencias de los hechos que realizan; cuando se percatan de las consecuencias, ya es tarde y el mal está hecho.

En la actividad política hace falta la fría serenidad de la planificación. El desorden es tal vez una buena vía de descarga psicológica, pero es ineficaz. En una sociedad primitiva se pueden perdonar las respuestas pri-

marías como norma de conducta, pero en una sociedad organizada que quiere ir a más, los hombres tienen que aprender a dominar los primeros impulsos y a pensar inteligentemente en lo que es mejor para la colectividad. La disciplina interna ayuda a entender en su raíz los verdaderos problemas políticos y sociales, mientras que la indisciplina limita el horizonte político a los impulsos individuales. En este sentido hay muchos conceptos que conviene revisar: el concepto del héroe, de honor y justicia herido, y el de amor patrio, por ejemplo. Para ser héroe no basta morir por casualidad, sino hay que ser símbolo con la brillantez de una vida. El honor lesionado es a veces orgullo personal, y la justicia tendemos a buscarla en la solución que más nos gusta. Y, el amor a la patria no se demuestra ni en discursos de demagogía romántica, ni con la actitud gregaria de seguir tras el que más grita. Nuestros jóvenes políticos tienen que aprender a no convertirse siempre en caudillos. Porque cuando el caudillo existe

realmente, sí es germen de unión; pero cuando el caudillo es espúreo, al no poder unificar, divide y diluye los esfuerzos de la colectividad.

Todo eso es imposible sin una disciplina intelectual que muestre de forma práctica la primacía de nuestra razón, nuestra capacidad de dominar los impulsos primarios con esfuerzos intelectual y volitivo. Y la Universidad está para enseñarnos a pensar más; para ayudarnos a ampliar el horizonte y hacernos ver que el mundo no termina en nosotros; para saber pasar por encima de un bien personal inmediato con el objeto de conseguir un bien mayor para los demás. El político inteligente que ama a su patria, sabe pasar por encima de los intereses individuales o de partido a la hora de buscar el bien patrio. En el léxico del político serio existe con letras mayúsculas la palabra sacrificio. Pero el sacrificio político no se consigue sin un autodomínio intelectual divorciado de toda sensiblería.

Así concebimos el papel de la Universidad dentro del contexto político de nuestro país. Es participación sin partidismo, como el espíritu científico lo exige. Es evidente que la Patria irá adelante, o por el Desarrollo, o por una Revolución. Es casi seguro también que los que hagan el Desarrollo o la Revolución habrán pasado por la Universidad. Pero no es a ella a quien hay que pedirle que les enseñe las técnicas de la Revolución o la Contrarrevolución. La Universidad sólo será un elemento más que habrá contribuido a formar ciudadanos con pleno sentido ético de libertad y responsabilidad. La Universidad debe ayudar a racionalizar nuestro amor y nuestro espíritu de servicio a la Patria, respetando al máximo las inclinaciones ideológicas de cada cual.

EL ESTUDIANTE Y SU PARTICIPACIÓN ACTIVA DENTRO DE LA UNIVERSIDAD.

La Universidad es un cuerpo orgánico en el que, lógicamente, las distintas partes tienen actividades funcionales específicas. De la misma manera que sin el estamento profesoral y el administrativo la Universidad no exis-

tirfa, tampoco ser fatal si no fueran los alumnos. La función docente, además, es tanto más efectiva e íntima, cuanto más estrechamente estén vinculados los estudiantes a su Universidad. Sin embargo, dentro de un cuerpo, la finalidad que da razón de ser al sistema sólo se consigue cuando cada órgano desempeña su papel.

Por ello, en la Universidad, la actividad es direccional. El estudiante va a ella en busca de Ciencia y madurez, y no a darla. Su función es recibirla. Compete a los profesores y órganos de la Universidad el impartirlos adecuadamente. Roto este orden del conjunto, se rompe la vida de la Universidad.

Muchas veces, con la mejor voluntad, -aunque otras, sólo con el objeto de hacer patente una falsa amplitud de criterios- se intenta trastocar este orden dando más responsabilidad a los alumnos dentro del gobierno de una Universidad de la que deberfan tener. Estas actitudes no son realmente una ayuda al estudiantado, sino todo lo contrario. No se justifica un órgano haciéndole cumplir funciones para las que no es adecuado. Por esa vía,

sólo se vá al fracaso, no sólo del órgano en cuestión, sino de todo el organismo. Sólo con este criterio se puede entender bien el papel del estudiantado dentro de la vida de la Universidad. Ella es la primera en pedirle que sea un elemento activo, con actividad espontánea y no de remolque. Tiene grandes campos donde ejercer su vitalidad participativa: actividades culturales, actividades deportistas, de ayuda universitaria al estudiantado económicamente débil, actividades dentro de las organizaciones estudiantiles, etc.. Por último puede hasta participar en el gobierno de la Universidad a través de sus representantes elegidos democráticamente.

Sin embargo, conviene resaltar el aspecto más importante de su participación: la discencia. Antes que nada, la Universidad debe esperar de sus universitarios, que estudien y se formen en las aulas, y que pongan en ello el ahinco necesario.

Es frecuente que a la hora de hablar de la participación estudiantil en la vida de la Universidad se piense más en participaciones colaterales y sucedáneas, que en el verdadero núcleo de

esta participación. La participación discente constituye la máxima vinculación del joven a su Alma Mater. Mientras este grado de incorporación no haya llegado al máximo, cualquier otro tipo de participación, aunque a veces sea más llamativo, sobra.

La participación discente es algo más que una asistencia regular a clases. Es un interés operativo por aprender, que se manifiesta en dar siempre más de lo que la estricta obligación académica exige. Sólo así se puede crear el verdadero hábito de aprendizaje y de investigación, que será uno de los mejores frutos que el estudiante sacará de su vida universitaria. A la hora de calibrar las consecuencias efectivas que el paso por las aulas universitarias ha significado para un estudiante, hay que tener muy en cuenta el grado de asimilación que esta persona ha tenido con su Universidad. Cuando a la Universidad se la considera como un sitio de tránsito por el que irremediamente hay que pasar para conseguir un determinado número de créditos que dan opción a un título, nos encontramos con un caso patente de inasimilación. En estos casos no

se puede pedir a la Universidad que forme o modele con su estilo a estas personas. El paso por la Universidad sólo puede ser fructífero, cuando el joven está dispuesto a invertir su tiempo y su vigor juvenil en horas extras de estudio, participación en los seminarios optativos, charlas de orientación con sus profesores, horas de consulta en las bibliotecas, etc..

Sin embargo es un hecho que, en nuestro país, estos casos son muy raros y suenan a utopía. Los motivos de esta situación son muy claros. En primer lugar, cuando el estudiante llega a la Universidad, trae consigo un lastre constituido por su carencia de hábitos de estudio y trabajo. Los centros de enseñanza media o elemental no han sido capaces de crear en ellos estas virtudes humanas de laboriosidad. Tampoco en los hogares y en el ambiente social se encuentra en general el talante educativo necesario para modelar al joven en una madurez que esté de acuerdo con su edad cronológica. La Universidad comienza a realizar su función formadora en un punto de partida que está muy por detrás de donde debería iniciar su marcha; además a

esas alturas ya el joven ha perdido la ductilidad de años atrás y la labor formativa, además de difícil se hace anacrónica.

Todas estas son consideraciones que el estudiante debe hacerse al pensar en sus posibilidades de participación activa en la vida universitaria. Es posible que merezca mucho más de lo que ahora le es optativo, pero antes de buscar lo más tiene que preguntarse también, si cumple con lo menos. Cuando el estudiante se embebe de la Universidad, es él mismo el que descubre cómo puede participar más en la vida universitaria. Es entonces cuando va con la iniciativa por delante. En cambio cuando el joven pregunta a los demás y espera que los incrementos de su participación le vengán dictados por Decretos Rectorales, entonces, él mismo se está acusando de no "vivir" la Universidad como algo suyo y de no estar incorporado a sus deberes discentes.

Y esto es muy importante a la hora de la mejora de la enseñanza, porque cuando el estudiante no se ha asimilado a la Universidad, ve los defectos que en ella encuentra, con los ojos

del bisturí, que extirpa pero no regenera. En cambio, cuando el estudiante ha vitalizado a la Universidad en su entraña, los defectos que percibe no se plasman en brotes de crítica mordáz o destructiva, sino que son germen de solución y de iniciativa con carga de afecto.

LA UNIVERSIDAD Y SU PAPEL SOCIAL.

Hay mucha literatura escrita sobre el papel social genérico o abstracto de la Universidad. Su importancia y necesidad nadie la niega y todos procuramos promoverla. Pero hoy la Universidad Centroamericana desea subrayar lo que considera que ha sido y podrá ser su papel social más inmediato.

Hoy por hoy, nuestro país -como todos los del área- se haya comprometido en un esfuerzo de Desarrollo. El progreso acelerado lleva consigo un período previo de estabilidad en el que las situaciones incómodas en lo económico, en lo social y en lo individual se multiplican. Las fricciones en todos los sectores aumentan y se hacen insostenibles si no hay un incremento radical en la amplitud del horizon-

te mental de las gentes. Y este incremento intelectual básico sólo se consigue mediante una variación de las directrices de enseñanza. Por eso la Educación está en la base misma del Desarrollo como elemento primigenio e imprescindible.

Hace falta, por tanto, en la prehistoria del Desarrollo, despertar un ansia de cultura y saber en el pueblo, para que puedan sumarse al nuevo aprendizaje. Por eso tal vez sin darnos cuenta del por qué— todos hemos sido espectadores, en el último decenio, de un despertar del de-



seo de aprender. Dentro de este fenómeno la Universidad Centroamericana puede señalar, con la satisfacción del deber cumplido, que ha tenido una participación primordial. Por sus aulas han desfilado centenares de alumnos de situaciones sociales que antes no acudían a la Enseñanza Superior. Ha visto resucitar viejos diplomas de bachilleres que llegaron buscando una continuidad discente. Pero la prehistoria del Desarrollo se va fundiendo poco a poco con su protohistoria. Y la Universidad debe aprender a ser útil en esta nueva etapa. La Educación debe asumir nuevas formas que la Universidad, con sus centros especializados está contribuyendo a delinear.

Cuando el desarrollo se inicia sin una base formativa de las gentes, puede ser que al principio se consiga una cierta impulsión de avance, pero, al poco tiempo, no puede seguirse el ritmo de la marcha. Todos hemos sido testigos durante el último mes de los hechos bélicos dolorosos que han sacudido a países hermanos vecinos. Los pocos días de guerra han bastado para romper muchas ilusiones de integración y para trastornar las estructuras económicas y de productividad de esos países. Lo

que el Desarrollo había conseguido en muchos años de firme propósito, la falta de entendimiento lo ha deshecho en pocos días. Podrá haber muchos factores que influyeron en la gestación de esta catástrofe, y los sociólogos se encargarán de hilvanarlas y darles nombre "a posteriori". Sin embargo, todos podemos coincidir en que ha habido una pérdida momentánea del espíritu amplio que el Desarrollo exige -comprensión y sacrificio político- para volver a una mentalidad arcaizante. Hemos vuelto a la Centroamérica que ya creíamos olvidada: la Centroamérica de los tópicos -minúsculos países, calmosos y somnolientos, envueltos en guerras fronterizas o intestinas- de las que tanto se mofan en Europa y el resto de América.

La Universidad debe contribuir, ahora o nunca, a formar una nueva generación que piense con otro lenguaje mental. Tiene que volcarse sobre líneas concretas muy definidas para poder tener éxito; de estas líneas queremos hablar ahora.

En primer lugar el país necesita de un incremento total de la educación ciudadana básica que envuelve dos grandes ramas: el aprendi-

zaje de utilización exhaustiva de los medios de civilización, y la formación de un espíritu de disciplina.

Aprender a utilizar los medios de civilización es un término muy amplio. Sin embargo, en la educación básica se refiere a hechos y situaciones de la vida normal de relación. Significa -hablando en términos vulgares- aprender que los basureros son para depositar las basuras; que la limpieza es una virtud que conviene llevar a la práctica; que las paredes no son para rayarlas y que no es higiénico escupir en el suelo. Es una formación que va desde la enseñanza de los buenos modales, hasta las normas de buen gusto en la ornamentación de los hogares, pasando por los principios de economía doméstica y orden en el trabajo, que tanto convienen a las amas de casa económicamente débiles.

El espíritu de disciplina enseña, sobre todo, que en el hombre existe una Razón capaz de dominar los impulsos sensibles, y que las normas y costumbres sociales y

legales no son para oprimir, sino que constituyen el elemento regulador imprescindible y ventajoso para el bienestar de todos.

El espíritu de disciplina está conectado también con la política de austeridad, tan necesaria para disminuir los gastos privados; así se evitan los procesos inflacionarios típicos de los países en desarrollo—como el nuestro—en el que las inversiones públicas deben seguir un ritmo creciente. En esta misma línea están la adquisición de las virtudes humanas del estudio y del trabajo, necesarios para llevar a un "óptimo" de productividad o de rentabilidad en nuestros distintos sectores laborales.

En este caso, la Universidad puede contribuir muy directamente a este tipo de educación ciudadana, a través de sus instituciones o facultades de Pedagogía. Por ellas pasan gran cantidad de maestros nacionales y de profesores de segunda enseñanza, que aprenden a tener una visión clara de las necesidades inmediatas de la educación en el país, y se ilustran

acerca de nuevas metodologías y técnicas de enseñanza que se ajusten con realismo a nuestra situación cultural.

La formación de cuadros medios es otra de las grandes necesidades en Nicaragua. Nos hacen falta fuertes contingentes de capataces industriales y agrícolas, así como obreros especializados en todos los sectores de la productividad. Sin ellos no hay base laboral para el desarrollo. Pero no se trata solamente de promover estos sectores con un deseo de superación económica o industrial. Antes bien, el propósito debe ser otro y la Universidad es bien consciente de ello; se trata en realidad de buscar una vía de redención social, ya que la mejor manera de promocionar a nuestros obreros es la de capacitarles y perfeccionarles para el ejercicio de su profesión.

Dentro de esta vía de justicia social la Universidad Centroamericana pondrá en función para Abril de 1970 el Centro de Formación Profesional.

El país necesita también dotarse de instituciones que aseguren la continuidad del desarrollo. Desarrollo es planificación a largo plazo, y ésto no se logra si no se crea una trama de organismos que sean independientes del cambio político. Mientras esto no se consiga, nuestros proyectos cara al futuro no dejarán de ser efemérides más o menos optimistas. En el país, aparte de las Universidades, sólo existen brotes de instituciones que no han terminado de configurarse como tales, precisamente por falta de Universalidad Política. El país se resiente de la carencia de verdaderos cuerpos de funcionarios con sentido de su profesionalidad, que se sienta responsable de su gestión únicamente ante el país y no ante un determinado gobierno o grupo político.

Esta situación no es un defecto de ahora, ni es privativo del gobierno actual: ha sido una sistemática en la historia de la administración del país. Tal vez ni siquiera se pueda hablar de defecto culpable, dadas las circunstancias de las etapas

políticas que nos ha tocado quemar. Pero la dinámica del tiempo histórico que comenzamos a proyectar exige una revisión. Estamos a tiempo de tomar conciencia de que la madurez política de un país estriba, en alto grado, en la existencia y eficacia de sus instituciones.

A nuestra generación le corresponde -ahora o nunca- cerrar el circuito de las instituciones que balbucean en el país, marcándolas con la apoliticidad positiva, única garantía de la continuidad y eficacia de sus funciones. También en este sector la Universidad puede y debe hacer algo, aunque tal vez de una manera más indirecta que en otros casos. Un cambio de este tipo corresponde a una variación radical en la mentalidad de los profesionales que, en su día, ocuparon cargos de responsabilidad en la administración del país. Corresponde a la Universidad sensibilizar sus espíritus para que sientan la necesidad ética de servir al país como el país debe ser servido, superando la estrechez de las consignas de partido o de grupos personalistas, que tanto han contribuido en nuestra historia a crear esa estela viscosa de corrupción administrativa.

CONCLUSION

Pocas instituciones tenemos en Nicaragua y quizás ninguna de ellas haya llegado a su madurez definitiva. Dentro de ese marco institucional, la Universidad en Nicaragua ha desempeñado, consciente o inconscientemente, la función de mayor continuidad. Durante muchos decenios su actitud fué muy uniforme y tal vez se haya limitado a proporcionar al país profesionales que cubrieron las necesidades mínimas de vida cultural. Posteriormente, como ya hemos señalado más arriba, las Universidades sirvieron para estimular el despertar cultural y el ansia de aprendizaje que ha caracterizado a los últimos quince años de nuestra edad ciudadana. Pero es ahora, cuando las Universidades en Nicaragua van a poder entregarse más activamente a una misión para la que se vienen preparando: la de cimentar de verdad las estructuras de nuestro desarrollo.

Nuestras Universidades son nuevas y es lógico que adolezcan de los defectos de juventud académica. Concretamente, la Universidad Centroamericana lleva únicamente 9 años de funcionamiento. El país entero la ha visto crecer y quienes la siguen de

cerca saben mucho de los esfuerzos que se vienen haciendo para lograr su mejora.

La Universidad necesita ayuda para su crecimiento, y esta ayuda ante quienes tienen los ojos abiertos a la problemática del país, no se queda en la Universidad, sino que repercute en todo el ámbito nacional. La Universidad es tal vez, el principal artesano de esa Nicaragua nueva que todos buscamos en la que los derechos humanos y la justicia social encuentren su plenitud a la par que el desarrollo económico. Por ello, más que ninguna otra institución, necesita comprensión y estímulo para poder desarrollar su misión con eficacia. En este sentido hay que tener bien presente que impedir el buen ejercicio de la función universitaria, es cortar alas a un futuro sobre el que todos tenemos la responsabilidad. No ayudaremos al país olvidándonos de la Universidad, o volviendo siempre nuestra vista hacia ella con el afán de cebar nuestro espíritu crítico. No estaremos dando un paso adelante cuando soliviantemos a sus estudiantes y cortemos la continuidad del ejercicio docente. No es aventurado afirmar que la actitud de nuestros ciudadanos hacia la edu-

cación, y, en concreto, hacia las Universidades, es el baremo con que tenemos que medir su responsabilidad cara al progreso y a la civilización. Los problemas sociales de Nicaragua, como los de toda Latinoamérica, son angustiosos y difíciles de solucionar. Su solución tiene que ir por la vía de la mejora individual y el trabajo de generaciones. La Universidad ha sido la primera en proponerse una autocrítica positiva y conoce sus defectos: defectos de profesorado, de estructura administrativa, carencia de dotaciones y servicios, y a veces hasta incongruencias entre el fin propuesto y el ejercicio real de la vida académica... Pero el que ve el problema universitario con la serenidad que dan la madurez y la buena voluntad, se dará cuenta de que hay verdadero interés operativo de mejora, y que no se escatiman esfuerzos ni sacrificios para ir hacia un "adelante" progresivo.

La Universidad es eficaz a corto y largo plazo, aunque, a veces, no lo notemos. Cuando nos preguntemos por la eficacia de la Universidad no perdamos de vista que ella no se compone solamente de los alumnos que pasan en este momento por sus aulas, sino que sus fronteras en-

globan también a los profesionales ya egresados, a los profesores que imparten las enseñanzas, y a las instituciones que ha sido posible establecer en el país gracias a la existencia de un semillero universitario. Querer a la Universidad, respetarla y ennoblecirla es amar al país y saber lo que tenemos entre manos. Lo contrario es herir en carne propia.

León Pallais, s. j.

